

Autora de éxito del *New York Times*

# BETH MOORE

*persiguiendo la vida*

En busca de una vida inmensamente fructífera



PERSIGUIENDO LA VID





# BETH MOORE

*persiguiendo la vida*

En busca de una vida inmensamente fructífera



Tyndale House Publishers  
Carol Stream, Illinois, EE. UU.

Visite Tyndale en Internet: [tyndaleespanol.com](http://tyndaleespanol.com) y [BibliaNTV.com](http://BibliaNTV.com).

Visite Beth Moore en Internet: [lproof.org](http://lproof.org).

*TYNDALE* y el logotipo de la pluma son marcas registradas de Tyndale House Publishers.

*Persiguiendo la vid. En busca de una vida inmensamente fructifera*

© 2020 por Beth Moore. Todos los derechos reservados.

Originalmente publicado en inglés en el 2020 como *Chasing Vines* por Tyndale House Publishers con ISBN 978-1-4964-4082-2.

Fotografía de Beth Moore en la portada © 2019 Amy Kidd Photography. Todos los derechos reservados.

Fotografía del viñedo en la portada © Hero Images/Getty Images. Todos los derechos reservados.

Fotografía del cielo en la portada por Jason Leung en Unsplash.com.

Ilustraciones de las vides en el interior del libro © George J/Shutterstock. Todos los derechos reservados.

Diseño: Dean H. Renninger

Edición en inglés: Stephanie Rische

Traducción al español: Patricia Cabral para Adriana Powell Traducciones

Edición en español: Christine Kindberg

Publicado en asociación con la agencia literaria Yates & Yates, LLP ([yates2.com](http://yates2.com)).

Las citas bíblicas sin otra indicación han sido tomadas de la *Santa Biblia*, Nueva Traducción Viviente, © 2010 Tyndale House Foundation. Usada con permiso de Tyndale House Publishers, 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las citas bíblicas indicadas con NVI han sido tomadas de la Santa Biblia, *Nueva Versión Internacional*®, *NVI*®. © 1999 por Biblica, Inc.®. Usada con permiso. Todos los derechos reservados mundialmente.

Las citas bíblicas indicadas con RVR60 han sido tomadas de la versión Reina-Valera 1960® © Sociedades Bíblicas en América Latina, 1960. Renovado © Sociedades Bíblicas Unidas, 1988. Usada con permiso. Reina-Valera 1960® es una marca registrada de las Sociedades Bíblicas Unidas y puede ser usada solo bajo licencia.

Las citas bíblicas indicadas con RVR1997 han sido tomadas de La Santa Biblia, Reina Valera Revisada® RVR® Copyright © 2017 por HarperCollins Christian Publishing®. Usada con permiso. Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Las citas bíblicas indicadas con RVA han sido tomadas de la Reina-Valera Antigua, en dominio público.

Las citas bíblicas indicadas con LBLA han sido tomadas de LA BIBLIA DE LAS AMERICAS®, © 1986, 1995, 1997 por The Lockman Foundation. Usada con permiso.

Las citas bíblicas indicadas con NBV han sido tomadas de la Nueva Biblia Viva © 2006, 2008 por Biblica, Inc.® Utilizada con permiso de Biblica, Inc.® Reservados todos los derechos en todo el mundo.

Para información acerca de descuentos especiales para compras al por mayor, por favor contacte a Tyndale House Publishers a través de [espanol@tyndale.com](mailto:espanol@tyndale.com).

#### Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Names: Moore, Beth, date- author. | Moore, Beth, date- Chasing vines.

Title: Persiguiendo la vid : en busca de una vida inmensamente fructífera / Beth Moore.

Other titles: Chasing vines. Spanish

Description: Carol Stream, Illinois, EE. UU. : Tyndale House Publishers,

[2020] | "Originalmente publicado en inglés en el 2020"—Colophon. |

Includes bibliographical references.

Identifiers: LCCN 2020001589 (print) | LCCN 2020001590 (ebook) | ISBN

9781496444073 (trade paperback) | ISBN 9781496444080 (kindle edition) |

ISBN 9781496444097 (epub) | ISBN 9781496444103 (epub)

Subjects: LCSH: Viticulture in the Bible. | Metaphor in the Bible. | Spiritual formation.

Classification: LCC BS665 .M6618 2020 (print) | LCC BS665 (ebook) | DDC 248.4—dc23

LC record available at <https://lccn.loc.gov/2020001589>

LC ebook record available at <https://lccn.loc.gov/2020001590>

Impreso en Estados Unidos de América

Printed in the United States of America

26 25 24 23 22 21 20  
7 6 5 4 3 2 1



*Para Amanda y Melissa,  
mis hijas amadas,  
mi corazón mismo,  
mis mejores amigas,  
mis compañeras favoritas—  
por Italia.*





# CONTENIDO

## *Introducción 1*

### **PRIMERA PARTE EL VIÑEDO**

CAPÍTULO 1 La planta 11

CAPÍTULO 2 El lugar 21

CAPÍTULO 3 Las uvas 37

### **SEGUNDA PARTE EL LABRADOR**

CAPÍTULO 4 El canto 51

CAPÍTULO 5 La inspección 67

CAPÍTULO 6 Las colinas 85

CAPÍTULO 7 Las piedras 97

### **TERCERA PARTE LA VID**

CAPÍTULO 8 La vid 113

CAPÍTULO 9 La permanencia 127

CAPÍTULO 10 La poda 143

CAPÍTULO 11 La espaldera 157

### **CUARTA PARTE EL FRUTO**

CAPÍTULO 12 La tierra 171

CAPÍTULO 13 Las raíces 189

CAPÍTULO 14 Al aire libre 203

CAPÍTULO 15 El abono 215

CAPÍTULO 16 La plaga 223

QUINTA PARTE LA COSECHA

CAPÍTULO 17 La cosecha 235

CAPÍTULO 18 Las espigas 247

CAPÍTULO 19 El banquete 263

Epílogo 277

*Agradecimientos* 281

*Notas* 285

*Acerca de la autora* 289

# INTRODUCCIÓN

He aquí lo que he aprendido después de décadas de vida y ministerio entre innumerables personas: *todos queremos tener importancia*. El anhelo de tener importancia no hace distinción entre personas. Hombres y mujeres, adultos y niños, religiosos y no religiosos, ricos y pobres, de distintos tonos de piel. Tal anhelo está entrelazado permanentemente en el entramado del alma humana.

Es un gran alivio enterarse de que la esperanza no ha sido postergada. Ya tienes importancia, sin necesidad de hacer ningún cambio. Sin embargo, todo cambia cuando permites que tu Creador te muestre por qué eres importante y cómo él puede alejar todo lo que te preocupa y, tarde o temprano, sutil o asombrosamente, puede hacer que eso tenga importancia.

Fuimos creados para contribuir, diseñados para aportar nuestro ser y lo que tenemos al conjunto humano con el fin de sumar algún grado de beneficio. Era así, incluso en el paraíso impoluto de Edén. Dios les dijo a Adán y a Eva, básicamente: *¡Sumen más! ¡Trabajen la tierra! Y, ustedes dos: sean fructíferos y reproduzcanse. ¡Llenen el mundo!*

Jesús llevó el concepto a otra estratósfera cuando tomó a las personas a quienes les había dado vida abundante y, por el poder de su propio Espíritu, hizo que sus aportes fueran significativos, no solo temporalmente, como había hecho con Adán y Eva, sino para siempre.

*Cuando producen mucho fruto, demuestran que son mis verdaderos discípulos. Eso le da mucha gloria a mi Padre. [...] Ustedes no me eligieron a mí, yo los elegí a ustedes. Les encargué que vayan y produzcan frutos duraderos.*

JUAN 15:8, 16

Esta idea de que nuestra vida tiene importancia me viene siguiendo desde que tengo memoria, pero ahora, a medida que me acerco cada día más a la meta, el concepto prácticamente me acosa. Cuando llegue al final de mi vida, querré saber que fue significativa en algo. Deseo saber que mi vida, con todos sus tropezones, tuvo importancia.

Si sientes lo mismo, no es que seamos singulares: Dios también quiere que nuestra vida sea significativa. Quiere que seamos profundamente eficaces. Ese anhelo que hay en nosotros de contribuir, de hacer algo que valga la pena, no es meramente un sueño egocéntrico. Si somos seguidores de Jesús, esa es la esperanza que podemos tener de la vida.

Y ser fructíferos no es un deber obsoleto y banal. Es algo que tiene un impacto directo en lo felices que somos, porque participar en la obra de Dios es lo único que nos causa verdadera satisfacción y paz. Dios está inundando el mundo con el evangelio de Cristo, buscando a personas de toda lengua, tribu y nación para ofrecerles vida, fe, amor, esperanza, libertad, gozo y un futuro eterno donde él gobierna como Rey. Nada de lo que sucede en el mundo es más significativo ni más estimulante. Y, cuando producimos mucho fruto, logramos ser parte de esa obra.

Conozco el temor a pasar inadvertida. Sé lo que es preocuparse por no ser útil. Sé lo fácil que es sentirse sin dones en una sociedad impulsada por los dones. Si tú y yo nos parecemos en algo, tú, como yo, tendrás el anhelo de contribuir con algo. Anhelas tener importancia. Y ¿sabes qué? Ya tienes importancia.

No tienes que conformarte con el apenas irla librando. En Cristo, puedes tener una vida significativa.

+ + +



CUANDO LLEGUE  
AL FINAL DE MI  
VIDA, QUERRÉ  
SABER QUE FUE  
*significativa*  
EN ALGO.



La enseñanza de Cristo sobre la vid y las ramas me ha cautivado desde que era una principiante en el estudio de la Biblia y, durante los últimos veinte años por lo menos, he enseñado sobre el llamado de Cristo a ser fructíferos como parte indispensable de la satisfacción en la vida. No obstante, lo espectacular de las Escrituras es que, a diferencia de cualquier otro libro que pueda llegar a manos humanas, su tinta podrá estar seca pero está muy lejos de ser algo muerto. Las palabras están vivas y son poderosas, y el Espíritu Santo, quien las inspiró, puede dar vida al pasaje más conocido y hacerlo brotar en vida nueva dentro de tu alma.

Eso me sucedió hace un año en un viaje soñado que hice a la Toscana con mis hijas, Amanda y Melissa. Más allá de la alegría egocéntrica de estar con ellas dos, en este viaje, que habíamos planificado durante mucho tiempo, tenía la esperanza de recompensarlas. Ellas no pidieron la madre que les tocó. Para cuando mis hijas tenían cuatro y un año, yo prácticamente pasaba fuera de casa uno de cada dos viernes. Generalmente solo era por una noche, y su papá las cuidaba. Un par de noches al mes quizás no parezca demasiado a primera vista, pero ninguna niña pequeña quiere que su mamá se vaya. Cuarenta años de ministerio le pasan factura a una familia. Sin embargo, las tres personas que más me importan —Keith, Amanda y Melissa—, de alguna manera han logrado resistir el triste castigo del ardiente resentimiento. No tengo palabras para describir lo bendecida, lo inconcebiblemente llena de gracia que me siento, y oro a Dios para que se los devuelva en recompensas eternas.

Pero, como todavía no estamos en el cielo, pensé que tal vez a Dios no le molestaría adelantarnos una partecita y bendecirlas con algo temporal en lo que yo pudiera participar, antes de que sea demasiado vieja como para distinguir a una de la otra. Tenía en mente algo que seguramente no tendría ninguna utilidad para el Reino, a excepción de edificar el alma de tres siervas de Jesús con buen café, buena comida, buenas conversaciones y, si la risa es una buena medicina (y la Biblia dice que lo es), con risas suficientes como para anestesiarse a un batallón. Al parecer, el Señor no tuvo ninguna objeción.

Estaba decidida a pagar los tres boletos de ida y vuelta a Italia con mis millas de viajero frecuente, no solo porque soy tacaña, sino también por el puro simbolismo de devolverles el depósito por todas las veces que me había marchado en un avión a quién sabe dónde. Usé casi todas las millas que había acumulado, pero cada una valió la pena.

Siete horas después, aterrizamos en Florencia, la famosa cuna del Renacimiento, donde añadimos treinta y dos kilómetros de callos a la planta de nuestros pies antes de despedirnos tristemente del *David* de Miguel Ángel. Cuando abordamos el vuelo de regreso a Estados Unidos, habíamos recorrido Siena, pasado por Nápoles, conducido por la Costa Amalfitana y nos habíamos quedado varias noches en Positano, el lugar icónico que nos habían asegurado que sería el favorito de todos los que íbamos a conocer. Subimos a un barco a motor para ir a almorzar, tomamos un ferri a Capri y pasamos las últimas noches en Sorrento. Ciertamente, la aventura cumplió con los requisitos de un viaje único en la vida; fue todo lo que nosotras, tres mujeres estadounidenses, habíamos deseado y más. Pero ninguno de esos lugares fue el escenario de mi inesperado romance.

Mi perdición fue la campiña toscana. Era un lugar de otro mundo. Nos alojamos tres noches en una posada a veinte minutos de Siena, y a años luz de nuestra vida en Houston. La posada estaba construida sobre una colina, en el cuadrante más alto de un viñedo, y tenía vistas a otras colinas que ondulaban suavemente hacia el horizonte. Podía pararme en los campos, voltear hacia todos lados y, en toda dirección que observaba, veía vides.

No fuimos lo suficientemente astutas como para planear nuestra estadía en la Toscana durante el final de la cosecha, o nos hubiéramos sentido insoportablemente orgullosas de nosotras mismas. Más bien, fue un indiscutible regalo de la gracia para nosotras como neófitas: un inesperado obsequio de Dios envuelto con moños verdes, violetas, ocre y dorados. Lo único que tuvimos a nuestro favor es que el regalo no fue desaprovechado.

Una mañana en la Toscana, mientras íbamos en taxi rumbo a la

ciudad, zigzagueando entre las colinas onduladas, vimos al último de los cosechadores caminando entre las hileras, examinando las viñas y cortando los últimos racimos cargados con frutos. Cautivada, sentí como si estuviera contemplando en vivo la recreación de alguna de las parábolas de Cristo (Mateo 20, 21). Recordé que una de sus últimas exhortaciones a sus discípulos fue, básicamente: Sean inmensamente fructíferos (Juan 15:5-8).

Se suponía que el viaje sería unas simples vacaciones para hacer turismo, no un recorrido de estudios bíblicos, pero no pude evitarlo. Concluí que si Jesús había dedicado tanto tiempo a hablar de las vides, cuanto más me acercara a ellas, más aprendería. Si había de comprender qué significa seguir a Jesús, no podría pasar por alto esto ni atribuirlo a un fenómeno cultural extinto, como la costumbre de cubrirse la cabeza o los rituales de purificación. Necesitaba seguir este innegable impulso que sentía en mi corazón.

Y ahí fue donde me enamoré, con la nariz contra la ventanilla del taxi y las palmas apoyadas en el cristal, como alguien que trata de huir de un carro de secuestradores. Ese fue el comienzo de mi amor vitícola. Fue Giuseppe Verdi quien dijo: «Puedes quedarte con el universo, mientras yo pueda quedarme con Italia». Ah, y tú, Giuseppe, puedes quedarte con Italia, mientras yo pueda quedarme con sus vides.

Me quedé obsesionada con la imagen del viñedo desde ese viaje y esta ha instigado una persecución, de principio a fin, por las páginas sagradas, hasta estantes llenos de comentarios y diccionarios. Me ha llevado a interrogar durante horas a expertos en todo: desde la plantación de vides hasta el proceso de las uvas para convertirlas en vino. Y también me ha hecho acumular una pila de libros sobre estos temas que llega casi hasta el techo. Con cada investigación, ha crecido en mí la fascinación por las imágenes de la vid y las ramas. Dios puso la canción del viñedo en mi tocadiscos, acercó la aguja al vinilo, subió el volumen y me sacó a bailar.

Tal vez sepas lo que dice la parábola: a veces uno descubre un tesoro escondido y, en su alegría incontenible, ahorra el dinero, vuelve y compra

todo el campo (Mateo 13:44). Yo encontré un racimo de uvas en una hermosa vid y no pude contenerme hasta que excavé el campo.

Y no quiero quedarme con el tesoro que descubrí en Italia. Quiero compartirlo contigo. Ahí está el taxi esperando con un asiento libre. Me haré a un costado si quieres subir, y si estás dispuesto a dedicar tu corazón a esta experiencia, quizás también te enamorarás.

+ + +

En su poema «El día de verano», Mary Oliver hace una pregunta inolvidable que vale la pena ponderar profundamente:

*Dime, ¿qué piensas hacer  
con tu única, salvaje y preciosa vida?*

Esa vida tuya, salvaje y preciosa, es significativa para Dios y para el mundo. No se desaprovecha ni una gota.

Tu trabajo tiene importancia.  
Tus dones tienen importancia.  
Tus lágrimas tienen importancia.  
Tu dolor tiene importancia.  
Tu alegría tiene importancia.  
Tus esperanzas tienen importancia.  
Tus sueños tienen importancia.  
Tus éxitos tienen importancia.  
Tus fracasos tienen importancia.  
Tus relaciones tienen importancia.  
Tus recuerdos tienen importancia.  
Tu infancia tiene importancia.  
Tu pasado tiene importancia.  
Tu futuro tiene importancia.  
Tu presente tiene importancia.

Dios lo usa, todo eso. En manos del Labrador, nada está de más. Todo tiene importancia.

Dios quiere que florezcas en él. Cada cosa que él siembra en tu vida tiene ese propósito. Si nos entregamos completamente a sus caminos de fe, por más misteriosos y dolorosos que puedan ser a veces, descubriremos que todo es parte del proceso que nos ayuda a crecer y dar fruto. Esas vides toscanas palidecerán en comparación con nosotros.

Y, de esta manera, nos vemos en una encrucijada. Si tenemos la suficiente valentía para creer que fuimos creados por Dios para florecer en Cristo, tenemos que tomar una decisión. ¿Nos quedaremos sentados y de brazos cruzados a esperar que suceda, como si nuestra colaboración no fuera parte del proceso? ¿O nos pondremos en marcha, con los pies ágiles y el corazón ardiente, y saldremos a perseguir su llamado a florecer?

En medio de la persecución de la vid que nos espera en estas páginas, la mejor parte es lo siguiente: creo que, con el tiempo, descubriremos que la Vid es quien ha estado persiguiéndonos a nosotros. «Ciertamente tu bondad y tu amor inagotable me seguirán todos los días de mi vida» (Salmo 23:6).

Las uvas están maduras. El viñedo nos espera. Ven, acompáñame a perseguir esta vid.

PRIMERA PARTE

# El viñedo

El SEÑOR Dios  
plantó un huerto.

GÉNESIS 2:8





## CAPÍTULO 1

# La planta

Hace ocho años, en un ataque de ansiedad urbana, Keith y yo recogimos todo y nos mudamos al campo. Yo había dicho que nunca me iría de mi casa en la ciudad. Había jurado que él iba a tener que sepultarme en el jardín trasero, donde los huesos de nuestras mascotas familiares descansaban en tanta paz como les permitían los nuevos cachorros. Allí había criado a mis dos hijas. Allí habían andado en sus triciclos, subiendo y bajando por esa entrada para autos; luego en sus bicicletas. En esa misma entrada se despidieron con sus carros llenos de maletas, toallas y colchas nuevas cuando se marcharon a la universidad.

Sin embargo, poco a poco, la ciudad fue intentando asfixiarnos. Cada espacio en el que habíamos llevado a pasear a nuestros perros, donde habíamos vuelto a tomarnos de la mano después de alguna pelea y donde habíamos despejado de aire fétido nuestros pulmones congestionados había quedado estratégicamente sepultado bajo el cemento. Cuando edificaron el cuarto guardamuebles en un radio de cuatro cuerdas, teníamos ganas de gritar.

Los padres de Keith vinieron con nosotros. Vivían a menos de un

minuto de nuestra casa y se habían mudado a nuestro vecindario para que pudiéramos compartir la vida con ellos y cuidarlos. No podíamos mudarnos sin ellos, y no teníamos idea de si tendrían la energía —emocional o física— para recoger todo y volver a establecerse en otra parte. Decidimos lanzarles la pregunta esa misma semana, mientras cenábamos una ensalada en su casa. «Esto es lo que estamos pensando. ¿Nos ayudarían a encontrar una fracción de bosque y acompañarían a...?». Se subieron al carro antes que nosotros.

Esa mudanza cambió muchas cosas para nosotros. Nuestro ritmo de vida se desaceleró; cambiamos el ruido del tránsito por un coro nocturno de ranas y grillos, y mi viaje al trabajo pasó de las autopistas a caminos de dos carriles, solo algunos de los cuales están pavimentados. Pero quizás el cambio más surrealista de todos fue el que surgió de la parcela de tierra que escarbamos para hacer nuestro propio huerto.

Una vez que dedicas tiempo a remover la tierra de tu propio terreno y a probar el fruto de tu labranza, es difícil volver a comer un tomate igual que antes.

Y, dado que Dios es el Labrador supremo, tengo que creer que él siente lo mismo.

+ + +

«En el principio».

La Creación sacó a relucir el lado terrenal del cielo. Al tercer día, Dios creó la tierra y se complació. A la luz de su omnisciencia, quizás deberíamos ser más presbiterianos sobre este tema y decir que él se complacía en la tierra, y por eso la creó. Pobre el alma que confunde tierra con mugre, o barro con suciedad.

La tierra cubre esta roca giratoria que llamamos Tierra con una delgada epidermis: cicatrizada, porosa y sedienta. La tierra aloja a las hormigas con sus montículos y sus hoyos. Conmemora a cada criatura en movimiento, tanto al lagarto como al leopardo, con al menos una huella fugaz. La tierra que hay bajo la uña del pie del elefante podría

terminar como filtro solar para su delicada piel cuando la lanza con la trompa hacia su lomo.

El hecho es que, en las manos del Alfarero consumado, la tierra es la materia prima para su rueda.

*Cuando el SEÑOR Dios hizo la tierra y los cielos, aún no había en la tierra ningún arbusto del campo ni había germinado ninguna planta del campo, porque el SEÑOR Dios no había hecho llover sobre la tierra ni había hombre para cultivarla. Pero subía de la tierra un manantial que regaba toda la superficie de la tierra.*

GÉNESIS 2:4-6, RVA-2015

El autor parece querer resaltar la secuencia de los hechos. Había tierra, pero no había ningún arbusto ni ninguna planta de ningún tipo. No había encinas, jazmines ni enebros. No había hisopos para pintar de rojo los marcos de las puertas. No había hortensias que poner en jarrones sobre mesas llenas de pan. Y no había seres humanos que se lo perdieran. Solo había un manantial que regaba la superficie, como una extraña lluvia en sentido contrario. Subía de la tierra, con la suficiente agua como para empapar la tierra por si alguien quisiera hacer un pastel de barro.

*El SEÑOR Dios formó al hombre del polvo de la tierra. Sopló aliento de vida en la nariz del hombre, y el hombre se convirtió en un ser viviente. Después, el SEÑOR Dios plantó un huerto en Edén, en el oriente, y allí puso al hombre que había formado.*

GÉNESIS 2:7-8

Después de crear el universo de la nada con solo su voz, Dios hundió sus manos en la tierra (en hebreo, *adamah*) y diseñó un ser humano (*adam*). Tanto el hombre como el pedazo de suelo que Dios dispuso que ocupara y que sostuviera fueron elementos del toque divino. El contacto directo.

La palabra *hombre* viene de la palabra *humus*, o tierra<sup>1</sup>, y significa

básicamente «criatura de la tierra». La modesta palabra *humilde* tiene el mismo origen y significa que algo es «bajo, terrero»<sup>2</sup>. Dios destinó a la gravedad para mantenernos ahí.

La idea de que Dios está al alcance de la mano es un pensamiento confortable, sobre todo porque el mismo Todopoderoso afirmó que sus brazos no eran cortos. Podríamos imaginar que los brazos del Creador eran suficientemente largos como para evitar que su rostro se ensuciara con el polvo en medio de la aventura creativa, pero el acto de soplar su aliento en las fosas nasales humanas esboza una postura diferente.

He aquí un Creador inclinándose hasta abajo, casi hasta el suelo. He aquí Dios, quien es grande y está en lo alto, pero ahora está agachado, dándole vida al polvo. Dios, con su boca dando aliento a la nariz del hombre.

+ + +

Seguro que te estás preguntando por qué, en un libro sobre vides y viñedos, he retrocedido tan atrás; literalmente, hasta el principio. Mi abuela Minnie Ola Rountree solía decir que yo era de esas personas que, si les preguntan qué hora es, relatan hasta la invención del reloj solar.

Lo confieso: me obsesionan los orígenes. También estoy convencida hasta la médula, felizmente, de que a la mayoría de las personas les fascinan los orígenes una vez que reconocen los vínculos. Antes de que podamos extraer las riquezas de las vides y de las uvas, necesitamos un poco de contexto. Es necesario que preparemos la escena para el viñedo; tenemos que ponernos de rodillas e investigar un poco el suelo para descubrir por qué el proceso de cultivar cosas es importante para Dios y, por lo tanto, por qué es importante para nosotros.

*El SEÑOR Dios plantó un huerto en Edén.*

GÉNESIS 2:8

La siembra es fundamental para apreciar el proceso porque es espectacularmente intencionado. En la vida suceden tantas cosas inexplicables

que pueden lograr que una persona sienta que todo es una enorme casualidad. Algunos puntos parecen no conectarse nunca. Tu actual empleo parecería no tener nada que ver con tu empleo anterior. Quizás sientas que te capacitaste para hacer algo que no tiene ninguna relación con lo que realmente estás haciendo.

Anhelamos continuidad, alguna indicación de propósito; cualquier cosa que insinúe que estamos en el camino correcto. Sin embargo, nos sentimos como cenizas, las sobras de un fuego olvidado, arrastradas por el viento sin rumbo fijo. Sentimos que ni siquiera somos lo suficientemente importantes como para ser olvidados, porque nunca fuimos conocidos para empezar.

Nuestra percepción puede ser muy convincente, pero Dios nos dice la verdad. En nuestra existencia no hay nada casual. Fuimos conocidos aun antes de saber que teníamos vida. Fuimos planeados y, de hecho, *plantados* en esta tierra para este momento y este tiempo (Hechos 17:26).

Cuando Jesús les dijo a sus discípulos: «Mi Padre es el labrador» (Juan 15:1), no estaba usando una imagen al azar para describir a qué se refería. El Padre de Jesús no esperó más que hasta Génesis 2:8 para dejar constancia de que él es un jardinero. Bien podría haberse dado el gusto de contratar a alguien que lo hiciera, pero no vislumbramos ninguna tropa de horticultores angelicales.

Para los que tienen un poco de imaginación, el cuadro que vemos es de Dios en persona, con un azadón y una pala. Es Dios quien se acerca con hierbas y bulbos. Es Dios con su destreza y sin ningún almanaque de agricultor. En nuestro rincón del mundo, donde la mayoría de las macetas aparecen en pantallas, es elemental recordar que la primera cultura de la raza humana fue la horticultura. Cada vez que usamos la palabra *cultura*, hablamos de cultivar. En latín, *cultura* se refiere a un terreno cultivado.

Una y otra vez, la Biblia utiliza términos de la horticultura para hablar de los actos de Dios. En 2 Samuel 7:10, Dios aparece nombrando a un pueblo; no poniéndolo, sino más bien plantándolo donde él quería que estuviera. El Salmo 94:9 dice que Dios plantó la oreja en el



A DIOS  
LE AGRADA  
VER *crecer* LAS  
COSAS.



hombre (RVR1977) y, según Lucas 22:51, Jesús claramente podría haber vuelto a plantar una, cuando fuera necesario. Palabras como *arraigado*, *radicado* y *enraizado* pertenecen todas al lenguaje de la horticultura.

*El SEÑOR Dios hizo que crecieran del suelo toda clase de árboles: árboles hermosos y que daban frutos deliciosos.*

GÉNESIS 2:9

*Dios hizo que crecieran.* Es maravilloso que Dios eligiera hacer crecer despacio algo que sencillamente podría haber creado ya crecido. ¿Por qué razón querría tomarse el trabajo de plantar un huerto obligado a brotar, en lugar de dar la orden de que existiera completamente florecido? ¿Para qué dejar su escritorio y mancharse con tierra los pantalones?

Porque a Dios le agrada ver crecer las cosas.

+ + +

Pasaron varios años entre el día en que nació nuestro sueño de mudarnos al campo y cuando los camiones de mudanza llegaron a nuestra puerta. Dedicamos infinidad de tardes para recorrer los alrededores de Houston en busca de un pequeño coro de árboles que susurraran «Bienvenidos a casa» a nosotros, cuatro guerreros cansados de la ciudad. Finalmente lo encontramos al final de un largo camino de tierra del ancho suficiente para un solo carro.

Para mantenernos ocupados durante los desquiciados y cansados meses de las negociaciones para la construcción de nuestro hogar, conseguimos que nos araran un rectángulo de tierra para un huerto. Durante toda la primavera conducimos a esos bosques por caminos de tierra tan plagados de piedras que parecía como si los neumáticos anduvieran sobre plástico de burbujas.

Una vez que llegábamos a destino, nuestras únicas comodidades eran cuatro sillas oxidadas que dejábamos apoyadas contra un pino. Las abríamos, haciendo crujir sus secas bisagras, y sacudíamos las espinas de

pino y las telarañas de los asientos. Mientras que los excrementos de los pájaros estuvieran secos, nos sentábamos en ellas sin ningún problema. Al fin y al cabo, la vida del campo demanda cierta resistencia.

Regábamos esos montículos, caminábamos por las hileras, estabilizábamos los postes y arrancábamos la maleza. Pero la mayor parte del tiempo solo nos sentábamos en esas cuatro sillas y nos quedábamos mirando fijo, deseosos de que nuestras plantitas crecieran. Y para nuestra sorpresa, crecieron. Hasta un Edén caído recuerda cómo deleitar a los humanos caídos. Nuestras plantas de tomates eran algo flacuchas, pero los tallos eran vigorosos y fuertes. Cada esfera diminuta nos fascinaba.

«Cultivamos nuestra propia comida», repetimos una y otra vez mientras nos sentábamos en nuestras sillas a comer hasta el último bocado de pollo frito del autoservicio.

Cuando nuestros melones apenas habían alcanzado el tamaño de un huevo duro, juramos que los registraríamos en un concurso y ganaríamos. Despotricábamos contra las pestes que roían las calabacitas. Usábamos palabras como *roya*, *ninfa* y *gusano* como si supiéramos qué significaban. Keith y su padre parecían niños de diez años: decían palabrotas, escupían y hacían otros ruidos. Su madre y yo nos rascábamos las picaduras de mosquitos y ansiábamos tener los bríos suficientes para acucillarnos detrás de los arbustos. Fue la mejor época.

Un día, estaba rodeada de comentarios, estudiando una lección bíblica, cuando recibí una llamada en mi trabajo: «Tenemos un tomate maduro».

Antes de que se pusiera el sol en ese paraíso de principiantes, nosotros, los postulantes a granjeros, estábamos sentados en un círculo en esas sillas oxidadas; el viejo sostenía un tomate no más grande que el puño de un niño de cinco años, como Rafiki cuando levantó a Simba. Con una lentitud ceremonial, sacó su navaja de mango nacarado del bolsillo del overol y deslizó la hoja corta y manchada dos veces a través de la pulpa para dividirlo en cuatro. El jugo se escurrió alegremente hacia la palma de su mano. No hubo que enjuagarlo. Ni ponerle sal. Ni añadirle nada. Ni quitarle nada.

Sonriendo de oreja a oreja, con pulpa de tomate en las mejillas y semillas entre los dientes, levantamos nuestro primer fruto como ofrenda especial delante de Dios, con el corazón contento, y lo recibimos como la tierra lo ofrecía.

¿Alguna vez te has preguntado por qué Dios se toma la molestia de santificarnos? Él podría cambiarnos inmediatamente a su imagen en el instante en que decidimos seguir a Jesús, o podría transportarnos al cielo en el instante de nuestra conversión. ¿Por qué elige hacernos pasar por el largo e interminable proceso de plantar, regar, podar y cosechar? Por cierto, él se arremanga la camisa, mete las manos en la tierra y empieza a ensamblar las piezas de nuestra vida de manera tal que tengan importancia.

Creo que es porque él no busca un tomate comprado. Quiere uno auténtico, cultivado por sus propias manos, conseguido con esfuerzo, tal y como es.

Para un jardinero, lo maduro está sobrevalorado. El crecimiento es lo que hace que el fruto sea dulce.

